

Elena Bargues



*Sí,
S como el viento
SUR*

Valvanuz, después de años de maltrato, por fin reúne el valor para divorciarse de su marido y regresar a Santander donde consigue trabajo en un reputado restaurante.

Teófilo Van der Voost pertenece a una conocida familia de renombre en el sector hotelero. Aunque es un enamorado de su profesión, la neurocirugía, comparte la dirección del negocio familiar con sus hermanos hasta que una fuerte discusión hace que se replantee su estilo de vida.

Un día de viento sur, Teófilo coincide con Valvanuz, que ha regresado cargada de problemas: un exmarido rencoroso y sucesos inexplicables que, con la fuerza del vendaval, arrastrarán la tranquilidad y su vida rutinaria de Teo.

Tú, como el viento sur, es un himno a la esperanza, al afán de superación y a la búsqueda del amor para sanar profundas heridas. Una novela maravillosa que no puede dejar indiferente a nadie.

Índice de contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

Epílogo

Sobre la autora

Tú, como el viento sur,
arrastraste sofocante mi soledad,
avivaste en mi mente recuerdos cálidos de
juventud,
incendiaste de tonos rojos el cielo de mi
existencia.

1

Madrid, septiembre de 2010.

Tonta, rematadamente tonta, se repetía Valvanuz echada sobre la malhadada cama de matrimonio. No se atrevía a moverse por temor a que el dolor regresara. La cara le ardía, pero no le dolía. Afortunadamente no le había roto nada. ¿Afortunadamente? Le resultaba patético haber llegado a semejante situación, pero se había sacrificado por las niñas, para que no sufrieran, para que no les faltase de nada. Sin embargo, ahora dudaba, temblaba ante la posibilidad de no haber hecho lo correcto, la amilanaba la mirada de reproche de Alicia quien, a sus diecinueve años, comprendía lo que estaba sucediendo y callaba, pero juzgaba. Valvanuz, con la intuición de madre, captaba el desagrado de su hija y la avergonzaba profundamente porque era ella la que tenía que ser fuerte, el ejemplo, la seguridad y el refugio pero, últimamente, las cosas se habían torcido de forma inesperada y, si no reaccionaba, perdería la autoestima, o peor aún, el respeto de sus hijas.

¿Cómo había llegado a esto? No lo recordaba con claridad o no tenía conciencia de ello porque había sido de forma sutil y progresiva. Se había casado enamorada y los primeros años transcurrieron en la nube algodonosa de la felicidad y la ceguera propias de una recién casada aunque, ahora, con la perspectiva del tiempo y del conocimiento, recordaba detalles que ya apuntaban pero que

quedaron sepultados en el roce diario, en la convivencia, sin más importancia que otros muchos detalles.

Se había casado muy joven, con veinte años y un tituli-
llo de administrativa de la Escuela Politécnica de Santan-
der que le había permitido abandonar el despacho de
pan e ingresar en las oficinas de unos grandes almacenes
en el centro de la ciudad. Nació y vivió hasta que se casó
en el *barriuco* del Sardinero, en la calle de La Braña, una
travesía entre la avenida de los Castros y la calle Palencia.
El *barriuco* era un conjunto de casas humildes, con traza-
do irregular y con callejones, que databa de principios del
siglo XX. Por aquel entonces, el Sardinero se limitaba a
unas construcciones alrededor de la plaza del Pañuelo,
hoy plaza de Italia, y el núcleo del *barriuco*. La mayor parte
de esas construcciones eran hoteles, pensiones y fondas,
donde se alojaban las gentes que llegaban en verano para
tomar los saludables baños de ola. Valvanuz había visto fo-
tos de esa época, en blanco y negro, muy pequeñas, don-
de costaba distinguir a las personas y donde destacaban
los enormes asientos de paja y los carrromatos, que los ba-
ñeros arrastraban hasta la orilla para que las señoras pu-
dieran tomar las aguas de forma pudorosa y con unos ri-
dículos bañadores de punto que, una vez mojados, resul-
taban de lo más indecoroso. Cuando abrió los ojos, un
diecinueve de febrero de mil novecientos sesenta y cinco,
el *barriuco* era el eje de la vida en el Sardinero en el que
se ubicaban dos tiendas de ultramarinos, una pescadería y
la panadería de sus padres en los bajos de las casas; el
Chupi, el bar con mayúsculas, el bar de los bocadillos de
rabas y el vino aromatizado con coco y canela, y el Sport,
el bar con minúsculas. Fue hija única, como su padre. Su
madre tenía una hermana, Asunción, que a su vez dio a luz
dos hijos, la parejita, aunque el niño falleció a los ocho
años de unas misteriosas fiebres. Asun, su prima, era tres
años menor que ella y siempre se habían llevado bien
aunque, últimamente, había perdido el contacto. La había

evitado para no mentir constantemente, para no explicar el infierno en que se había convertido la vida con Ramón. Había crecido arrullada por las palabras cariñosas de los vecinos, por las olas del mar que rompían unos metros más allá, sobre las extensas playas que daban nombre a esa parte de la costa, por los sueños de princesa de sus padres.

Apretó los dientes y se incorporó. El dolor se reavivó. Temprano, antes de que sonase el despertador, Ramón la despertó requiriendo sus servicios, porque ella se negaba a llamarlo amor. Desde hacía dos años su marido se ausentaba de casa por la noche con frecuencia, sin dar explicaciones, hacía tiempo que no justificaba sus actos y, sin embargo, ella tenía que detallar los suyos. Ignoraba de dónde había salido el valor para rechazarlo, pero lo rechazó, y la primera bofetada llegó sin previo aviso. Creyó que le había reventado la mejilla. Sintió su peso encima, cómo la agarraba de las muñecas y maltrataba sus pechos con la boca, sin llegar a morderla. Reprimió un grito de dolor para no despertar a las niñas, para que no se asustaran, para que no se enteraran de su vergüenza, de su humillación. La penetró sin consideración y, entre las lágrimas, con los dientes apretados, vio cómo el animal disfrutaba con la violación y cómo el silencio lo enardecía en su violencia.

En verano, las casas y los pisos vacíos se abrían y se llenaban de risas y cuerpos bronceados. Los castellanos, de Burgos, Palencia, Valladolid, Salamanca y Madrid, sobre todo Madrid, atestaban los hoteles y las fondas del Sardineiro. Se reunían familias y amigos, año tras año, para disfrutar de las playas, de las terrazas, de los conciertos en la Plaza Porticada. Pero ese era un mundo del que ella estaba excluida. A los dieciséis años comenzó a comprender lo que eran los estratos sociales y a sufrir los efectos: sus sueños de cristal se rompieron y su nube de algodón resultó demasiado inconsistente para mantenerla en el limbo. En la avenida de Los Castros, justo donde desemboca-

ba su breve calle tras el ascenso de unos escalones custodiados por una pérgola de cemento, al otro lado de la calzada, se erguía un caserón de tres alturas flanqueado por dos torres con el tejado de pizarra que, a su vez, estaba sustentado por un alero de madera pintada en ocre. El piso de abajo era la residencia del servicio, donde se hallaban las cocinas y la lavandería, con su propia puerta de acceso; mientras que una escalera de piedra, estilo imperial, conducía al segundo piso, donde residía la familia. Era una casa sin estilo que captaba la atención por la incongruente escalera y las atípicas torres, las ventanas del segundo piso estaban decoradas con unos balconcillos de madera, más destinados a la decoración que al uso. Un jardín separaba la casa principal de otra más pequeña de dos alturas situada al fondo, en la que dormían y jugaban los hijos. A Valvanuz le parecía el colmo del lujo. Conocía a los moradores de verlos entrar y salir, y a los hijos porque compraban las golosinas en la panadería: eran los Van Der Voost, los dueños de los mejores hoteles de la ciudad. Valvanuz seguía sus andanzas, aunque los muchachos no se habían fijado en ella, o eso creyó, hasta que una noche, en la que se lanzaron fuegos artificiales en la bahía por las fiestas de Santiago, uno de ellos la rescató del acoso de unos muchachos. Como todos los años, quedó con las amigas para asistir al espectáculo pirotécnico, pero ellas vivían en el centro y Valvanuz, como hacía muy buena noche, emprendió el regreso hacia el Sardinero a pie, por Reina Victoria. Tropezó con unos chicos mayores que venían de los bajos del Casino, borrachos y vociferantes. Intentó eludirlos, bajando la cabeza y acelerando el paso, pero ellos decidieron no dejar escapar la ocasión de divertirse. Fue entonces cuando oyó la bocina de una motocicleta que atrajo la atención de todos los implicados. Un chico rubio, muy alto y desgarbado, la llamó sin bajarse de la moto y, haciéndose pasar por su hermano mayor, le ordenó que se montara para llevarla a casa antes de

que su padre se diera cuenta de la tardanza. Los borrachos le franquearon el paso y continuaron su camino como si no hubiera sucedido nada, y en realidad, nada había ocurrido excepto un mal rato y el orgullo lastimado. Subió a la calzada, pues la acera se encontraba más baja, y se aproximó a la familiar Bultaco de su vecino: era el mayor de los hermanos Van Der Voost, Teo. Valvanuz se sonrió al recordar la impaciencia del muchacho porque ella titubeaba. No había olvidado la emoción que sintió al montarse, el calor del largo y musculoso cuerpo cuando lo rodeó con los brazos para no caerse, la brisa de la noche en el rostro y la melena revuelta, porque entonces no se exigía casco. Era la primera vez que la llevaban en moto, la primera vez que abrazó aquel cuerpo.

Se levantó con gran esfuerzo, le dolía y le escocía la vagina entre otras cosas y, procurando no unir los muslos, se dirigió al baño. Había permanecido refugiada en la cama hasta que oyó a Blanca, que era la última en salir de casa hacia el instituto. Frente al espejo evaluó los daños: la mejilla hinchada y roja en la que tendría que aplicarse hielo; los ojos y la nariz congestionados por el llanto. Apoyó las manos en el lavabo y descargó todo su peso sobre ellas. ¡Dios mío! ¿Quién era esa extraña que le devolvía una mirada extraviada, fatigada y vacía? El pelo suelto y ondulado le caía desordenado sin llegarle a los hombros, lo llevaba teñido de castaño claro para que le cubriera las canas. De su rostro, lo que más le gustaba era la blancura y fineza de la piel que diluía las arrugas y ahuyentaba las sebosidades. Los ojos almendrados y de color castaño, otra expresivos y sonrientes, estaban enrojecidos y cansados. La nariz respingona destacaba sobre el conjunto que remataban unos labios bien perfilados, ni gruesos ni finos. Los rasgos eran correctos, comunes, y resultaban agradables y con personalidad en conjunto, pero no era una belleza. Valvanuz sabía que, con un poco de dinero para arreglarse y estilo, daría el pego mejor que otras muchas.

Se quitó el camisón y descubrió una mancha violácea en uno de los pechos y rojeces por todos los lados, un moretón de un pellizco en el otro, se dio media vuelta y se vio una nalga con otro morado que no recordaba haber recibido en medio de la agresión. Abrió el grifo de la ducha y esperó a que saliera caliente, entró y dejó que el agua resbalara, que la limpiara, que la confortara y la vio, rosácea, marcharse por el desagüe. ¡Maldita fuera su estampa! Le había hecho sangrar.

Cayó rendida a los pies del efebo rubio. Era una ingenua de dieciséis años que creía que podía comerse el mundo. Al día siguiente, fue el centro de atención de sus amigas, el mayor de los Van Der Voost la había salvado de unos borrachos y la había llevado a casa en su motocicleta. Todas suspiraron, preguntaron, bromearon y Valvanuz se sintió la princesa del cuento. El muchacho, durante ese verano, fue el centro de atención de unas locas adolescentes que se hacían las encontradizas, aparecían en los locales que él frecuentaba, admiraban la motocicleta, recordando la suerte de su amiga, y suspiraban cuando pasaban a su lado. Verónica apuntó que olía a Heno de Pravia, y era cierto, como pudo constatar más adelante la propia Valvanuz. Ocurrió una tarde, de regreso de la playa, cuando sus amigas habían tomado el autobús y ella se encaminó a casa. Atravesó el parque de Mesones para cruzar por el paso de cebra situado frente al Benidorm, la discoteca de moda, y, allí, sentado en una tapia baja, estaba Teo. Valvanuz dedujo que aguardaba a alguien. Apretó el paso a la vez que sentía cómo las mejillas se arrebolaban, porque el camino la obligaba a pasar junto a él. Le sorprendió cuando se dirigió a ella, y así comenzó algo que no debió empezar. La llevó al faro sobre su moto donde, en uno de los prados, al resguardo de miradas reprobatorias, la rodeó con sus largos brazos, la sedujo con sus palabras, la encandiló con su olor a jabón y Valvanuz perdió la voluntad y la honestidad bajo sus apasionados besos,

con la brisa encrespándole el pelo y el rugir del mar a los pies. Recordaba perfectamente, nítidamente cómo, paciente y persistente, le lamió el cuello, sin soltar a su presa hasta que algo se desató en ella, se le aflojaron las piernas, gimió al sentir cómo corría la sangre alocadamente cual veneno que le trastornaba los sentidos y estrenó su deseo. Le oyó resollar encima de ella, entre los muslos, y no fue consciente de lo que había sucedido hasta que todo terminó. Satisfecho, como un gato que acabara de zamparse un ratón, la escrutaba sonriente. Le pasó un pañuelo de papel para que se limpiara y Valvanuz necesitó reunir mucho valor para realizar la gran pregunta: ¿ya no soy virgen? Él se rio ante su confusión y le aclaró que no se dedicaba a desvirgar jovencitas. Ante la tozudez de ella de que le dolía, pacientemente le explicó que el deseo dilatava la vagina y tensaba el himen, pero que seguía siendo virgen.

Salió de la ducha, rebuscó en uno de los cajones del armario del baño la barra de Arnidol y se la aplicó en las zonas doloridas con generosidad, cogió un salvaslip y regresó a la habitación. Lentamente se vistió e hizo la cama, con dolor, con odio, con impotencia. No debía caer en la autocompasión, tenía que ser fuerte, se repetía mientras cogía el cuadrante para colocarlo sobre la colcha y, en una fracción de segundo, se encontró golpeándolo y descargando toda la furia y la frustración sobre el inocente cojín al mismo tiempo que se le saltaban las lágrimas.

—¡Ya son mayores! ¡Tienen que entenderlo! —gritó desesperada, y se dejó caer sollozando sobre la cama recién hecha.

No era consciente del tiempo que transcurría. Debía terminar las tareas de la casa antes de marcharse a trabajar y le daba igual. De pronto, todo había perdido importancia, algo se había roto esa mañana con la agresión y no había sido físico, sino mental. Había recobrado la consciencia, había sacudido el letargo, la costumbre, la resig-